

## Héctor Yánover, el poeta-librero

Santiago Sylvester

Aunque Héctor Yánover nació en Córdoba (Argentina, 1929), ahora, cuando acaba de morir, es indudablemente un personaje de la ciudad de Buenos Aires. Llegó a vivir aquí en 1950, y este medio siglo transcurrido le valió para ser algo así como el librero por antonomasia de esta ciudad: ese hombre culto, amante de los libros, que era capaz de discernir atinadamente entre un lector y otro y aconsejarle en consecuencia. He usado la palabra lector, y no cliente, porque creo que el secreto de Yánover (que le venía más por temperamento que por deliberación) consistía en rodearse de lectores, en tratar a todo el mundo como a tal; y entonces entrar en su librería, comprar un libro, o no, charlar con él al paso y tomar un café, tenía las características de una conversación reposada, necesaria, mientras la ciudad rugía desafortadamente por la avenida Las Heras.

Él mismo era uno de esos lujos que, al menos por aquí, ya quedan pocos: el librero que ama los libros, que los conoce por dentro y sabe lo que hace, responsable de su oficio; tan distinto de esa especie que prospera en estos días, para quien Faulkner, Eliot o Ezra Pound son palabras insondables, tal vez oídas por primera vez. Como prueba de su orgullo por este noble y viejo oficio, Yánover escribió unas espléndidas *Memorias de un librero* en las que da una amena y minuciosa tipología de lectores, con anécdotas divertidas, a veces desopilantes, donde cuenta una vez más su pasión por los libros. Allí se ríe él mismo del diálogo que le tocó tener con una señora elegante que le pidió el *Martín Fierro*:

—«¿Usted busca alguna edición especial?

—Sí —me dice—. Una para hacer un regalo.

Le indico las encuadernadas. Las mira y las deja.

—Son todo versos —me dice en tono de reproche—. Yo busco la novela.

Me enojo: —Señora. ¿Usted es argentina?

—Sí.

—¿Qué edad tiene señora?

—Cuarenta y uno. ¿Por qué?

—Porque ningún argentino mayor de edad tiene derecho a ignorar que el *Martín Fierro* está escrito en verso.

—Pero ¡yo qué tengo que ver! Si el que lee es mi marido».

Pero por sobre todo era poeta. Se pasó la vida combinando palabras para sacarles el fondo de sabiduría que tienen; fue una mezcla justa de poeta reflexivo y poeta lírico, que declaraba su «soledad sonora / la pena que recrea y enamora» como herencia explícita de San Juan de la Cruz. También medio siglo dedicado a la poesía, desde su primer libro, *Hacia principios del hombre*, de 1951, hasta la enorme cantidad de material que dejó inédito, que alguna vez habrá que rescatar. Viene al caso el arranque de un poema suyo, que lo pinta de cuerpo entero, en su fervor y en algo muy secreto, pudoroso, que me animo a describir como piedad:

Quiero llorar  
 Por los poetas que nadie ha conocido,  
 Por los que derramaron sus canciones al azar,  
 Por los que un día zarparon para el nunca jamás.

Había sido director de la Biblioteca Nacional; por eso su actual director, Horacio Salas, dispuso que fuera velado allí. Me tocó despedirlo; lo hago nuevamente transcribiendo lo que entonces dije:

Con palabras de Miguel Hernández podría decir que Héctor Yánover fue un «compañeros del alma, compañero», de esos que nos regala la vida cuando se siente generosa.

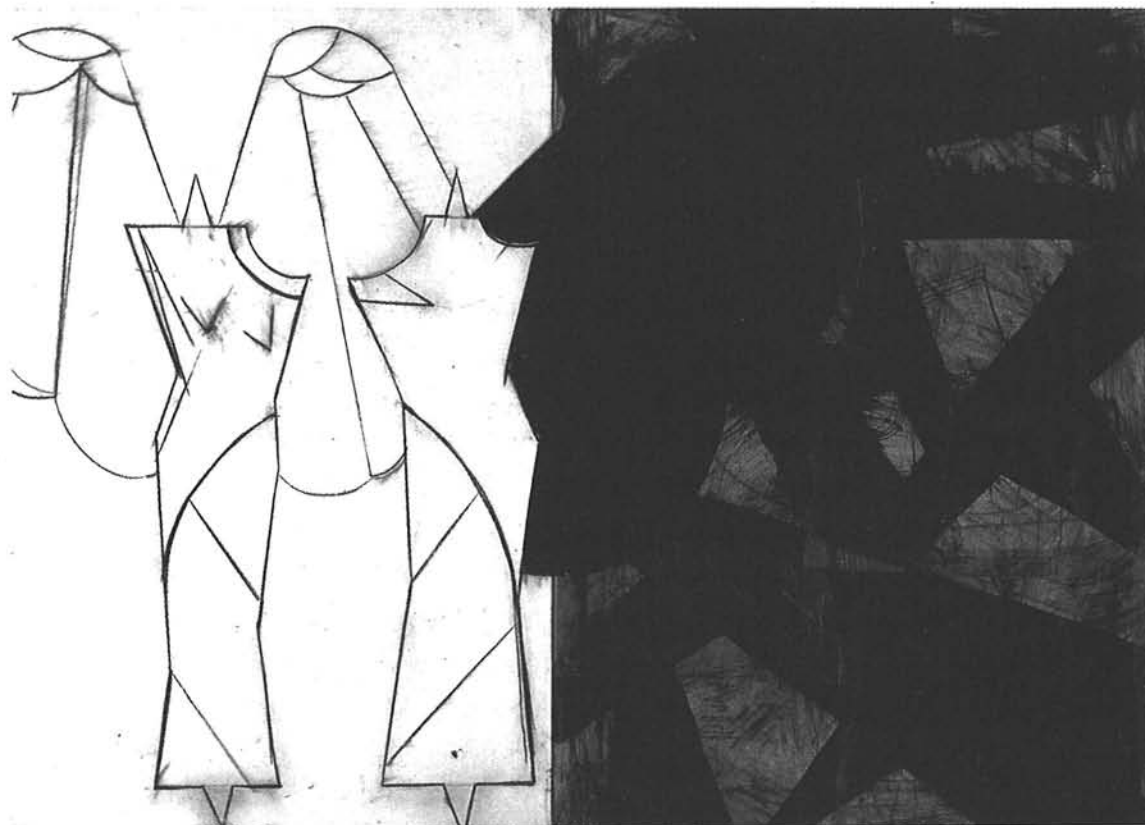
Lo veo cruzar un salón con paso lento y una sonrisa invencible; esto ocurre hace unos treinta años en Madrid; me estira la mano y me dice: —¡Qué raro que no nos hayamos conocido antes! Y era raro realmente, con tantos amigos en común y tantas razones para ser amigos. Desde ese día resolvimos ganar el tiempo perdido, y estuvimos viéndonos ininterrumpidamente, conversando y conversando, diciéndonos poemas propios y ajenos, recordando amigos, en los distintos lugares adonde fuimos a parar.

No siempre es fácil decir de alguien: era un hombre honorable. Esto es, sin embargo, lo primero que se me ocurre ahora, cuando debo despedir a Héctor Yánover. Esta honorabilidad era visible en cualquiera de las pasiones que usó para vivir: en la poesía, en su feliz y larga profesión de librero, en el gesto siempre dispuesto para la amistad. Y fue honorable en su paso por esta Biblioteca Nacional, donde todavía se habla de su bonhomía, de su ironía bondadosa, de su manera sencilla y también de su profesionalidad. Como diría Machado, «era, en el buen sentido de la palabra, bueno». O dicho con sus propias palabras en el final de un poema: «Merezco ser un hombre derecho».

Él mismo hizo un bosquejo que quisiera recordar ahora porque resume su perplejidad de poeta: «¿Qué es un poeta? ¿sólo una persona que se hace

preguntas: como un filósofo, como un científico, como cualquier curioso? No puedo encontrar respuesta. Quizá mis poemas intenten ser una respuesta. Transcurro sobre un interrogante, a veces con dolor, a veces perplejo, a veces con una sonrisa, siempre sabiendo que soy un pasajero».

Con sus propias palabras despido a este hombre múltiple: al librero que recordaremos y extrañaremos siempre, al dignísimo director de la Biblioteca Nacional, al amigo y al poeta que sin dudas quedará entre nosotros.



Juan Lecuona (1999)



Imperio Argentina con Alfredo Falbi (Buenos Aires, 1972)